

Sé compasiva

Fernando Torre, msp.

En el trato frecuente con los demás, es fácil llegar a conocer sus limitaciones, flaquezas, sufrimientos y faltas. A causa de esto, podemos tener hacia ellos actitudes duras y humillantes o, por el contrario, cálidas y misericordiosas.

Conchita Cabrera de Armida le recomienda a su hija Teresa de María: «Sé con todas tus hermanas indulgente, compasiva»¹; le dice también: «las faltas ajenas te moverán sólo a compasión»².

La compasión es un sentimiento de tristeza y dolor ante el sufrimiento o la miseria de los demás, que suscita en nosotros el deseo de aliviar esa situación y nos impulsa a actuar. La compasión puede manifestarse como lástima, piedad, caridad, condolencia, consuelo, clemencia, perdón...

En la Biblia, el Señor se revela a sí mismo como «el Dios compasivo y clemente, paciente, rico en bondad y lealtad» (Ex 34,6). Cuando oramos, nos dirigimos a un «Dios compasivo y piadoso, paciente, todo amor y fidelidad» (Sal 86,15). Jesús es el «sumo sacerdote compasivo y fiel» (Hb 2,17) que «no es insensible a nuestra debilidad» (Hb 4,15). Por eso, «viendo a la multitud, sintió compasión de ella, porque estaban maltratados y abatidos, como ovejas sin pastor» (Mt 9,36). Jesús «nos ama y, con su sangre, nos libró de nuestros pecados» (Ap 1,5).

La compasión nos asemeja a Dios; nos lleva a disculpar a los demás, a pasar por alto sus faltas para evitarles una vergüenza o un sufrimiento, a perdonarlos de corazón, a cargar con sus pecados. En vez de ser detectives, fiscales o verdugos para los otros, seamos sus solidarios y pacientes abogados defensores. Jesús concluye la parábola del siervo sin entrañas con una pregunta, que sugiere claramente la respuesta correcta: «¿No debías tú también compadecerte de tu compañero, del mismo modo que yo me compadecí de ti?» (Mt 18,33).

¹ Carta escrita probablemente en diciembre 1912, en *Cartas a Teresa de María*, México 1989, 170.

² *Ibíd.*, 171.